

FUENTES

EL LIBRO DE LOS ANCIANOS¹ COLECCIÓN SISTEMÁTICA GRIEGA DE LAS SENTENCIAS DE LOS PADRES Y LAS MADRES DEL DESIERTO²

CAPÍTULO VIGÉSIMO

Introducción

Capítulo 20: Sobre la conducta virtuosa de diversos padres

En la conducta virtuosa las mujeres nos dan ejemplo y nos enseñan a combatir denodadamente contra Satanás (ns. 1, 12, 22). Otro tanto debe decirse de los laicos, casados y llevando una vida muy admirable (ns. 2, 22); o los que, por sus obligaciones, pasan largo tiempo en la más absoluta soledad (n. 5).

Un ejemplo casi extremo de la virtud de los laicos cristianos nos la presenta la última sentencia del presente capítulo. En ella vemos que se elige para obispo a la persona más inesperada del grupo que se había presentado ante el arzobispo. Y luego el novel consagrado se encuentra con un etíope, presumiblemente también laico (?), que realiza un milagro a favor de la región. Una afirmación clara y firme de que Dios obra por medio de los pobres y humildes (n. 24).

1 Introducción, traducción y notas: P. Enrique Contreras, osb (Monasterio Santa María, Los Toldos, Pcia. de Bs. As., Argentina). Cf. *Cuadernos Monásticos* ns. 192 (2015), pp. 43-86; 193 (2015), pp. 171-224; 194 (2015), pp.; 195 (2015), pp. 467-512; 196 (2016), pp. 65-107; 197 (2016), pp. 217-259; 198 (2016), pp. 334-390; 199 (2016), pp. 501-511; 200 (2017), pp. 87-121; 201 (2017), pp. 222-261; 202 (2017), pp. 338-387; 203 (2017), pp. 478-515; 204 (2018), pp. 95-107; n. 205 (2018), pp. 191-232, n. 206. (2018), pp. 363-372.

2 Abreviamos con la sigla CSG.

La vida monástica cristiana vivida con plena entrega y en obediencia a las enseñanzas de los mayores constituye un verdadero *martirio*. Se da testimonio de Cristo y se derrama en forma incruenta la propia sangre (*martirio blanco*) para confesar su nombre (n. 3).

Monje es aquel que es capaz de despojarse de todo. Pero esta renuncia la pueden practicar en forma radical muy pocos, ya que implica no solamente la huida del mundo, sino también abstenerse del trato con otros seres humanos, viviendo en total silencio (n. 13). Por eso *abba* Macario afirma: “Todavía no soy monje” (n. 4).

Quienes practicaban de forma eminente las diversas virtudes debían esconder esas acciones de la natural curiosidad humana, ya que lo contrario echaría por tierra el fruto de esas prácticas (n. 6). En ciertos momentos especiales de sus vidas podían tener visiones (ns. 20, 23); y a veces las compartían con otros monjes, aunque siempre manteniéndose en la conciencia del propio pecado y la consiguiente necesidad de conversión (n. 7).

La conducta virtuosa se manifiesta de una forma muy significativa en la capacidad de evitar toda palabra que pueda dañar al prójimo, en cualquier forma que sea. En la propia celda no debe entrar ninguna palabra de esa especie (ns. 8, 9).

Los monjes de Escete son celebrados porque no rivalizan en su conducta virtuosa, aunque estaban “adornados de toda virtud” (n. 10).

Conducta virtuosa es saber combinar el ayuno, la ascesis y la conciencia de la presencia de Dios en la salmodia (cf. RB 19,6-7) con una constante preocupación por recibir la gracia de la salvación (n. 11). Se trata asimismo de seguir con fidelidad una determinada regla (un *canon*) de vida (n. 14).

El arrepentimiento por una falta grave podía ser el aliciente para abrazar una vida de absoluta soledad, pobreza y entrega al Señor; el monje que dejaba todo y abrazaba este género de vida recibía la ayuda del Señor para no cejar en su empeño (n. 15). Esta sentencia nos enseña que, en ciertas situaciones especiales, y que pueden parecer sin salida o sin solución posible, las decisiones extremas, con la gracia de Dios, pueden ser de grandísima utilidad. En igual dirección apunta la

sentencia siguiente (n. 16), cuyo final exhorta a no abandonar por ningún motivo la búsqueda de Dios.

Son las obras, no el renombre, las que ayudan a salvarse, siempre con el auxilio de la gracia que nos concede Jesucristo (ns. 17, 18).

La pobreza en la vestimenta es una exigencia que los venerables ancianos vivían con mucha sencillez y que suscitaba admiración en los laicos (n. 19).

TEXTO

Capítulo 20: Sobre la conducta virtuosa de diversos padres

1. *Abba Dulas* contaba esto³: «Caminando un día por el desierto, *abba Besarión* y yo⁴, llegamos a una cueva y al entrar en ella encontramos un hermano sentado, haciendo una cuerda, y no movió la cabeza hacia nosotros ni saludó, ni quiso en manera alguna cambiar palabra con nosotros. Me dijo el anciano: “Vayámonos de aquí; tal vez no le fue revelado al hermano⁵ que hablase con nosotros”. Saliendo de allí⁶, marchamos hasta *Lyco* para ver⁷ a *abba Juan*⁸. Y en nuestro regreso, llegamos otra vez a la cueva en la que habíamos visto al hermano. Me dijo el anciano: “Entremos adonde él está, por si Dios le ha persuadido para que hable con nosotros”. Y cuando entramos, lo encontramos muerto. Y me dijo el anciano: “Ven, hermano, dispongamos su cuerpo. Porque para esto nos ha enviado Dios aquí”. Pero mientras lo preparábamos para la sepultura, encontramos que era una mujer. Y se asombró el anciano, y dijo: “Mira como hasta las mujeres vencen

3 Lit.: *Abba Dulas* contaba diciendo que...

4 El texto griego dice: yo y *abba Besarión*...

5 La *Colección alfabética anónima griega* (CAG) dice: al anciano...

6 Estas expresiones no se encuentran en la CAG.

7 CAG: para llegar hasta lo de..., pero cf. la variante que señala Cotelier en nota (PG 65,140 C, nota 7).

8 El texto de la CAG dice: «Lo saludamos e hicimos la oración. Después, sentándose, conversaron acerca de las visiones que habían tenido. Dijo *abba Besarión*: “Ha salido un edicto para que destruyan los templos. Así fue, y han sido destruidos”».

en la lucha contra Satanás, y nosotros vivimos indignamente en las ciudades”. Glorificando a Dios, protector de los que lo aman, nos retiramos de allí»⁹.

2. Dos padres rogaron a Dios que les revelara qué medida habían alcanzado. Y llegó hasta ellos una voz que decía: “En una aldea de Egipto hay un secular llamado Eucaristo, y su mujer se llama María. Todavía no han llegado a su medida¹⁰”. Se levantaron los dos ancianos y llegaron a la aldea, y preguntando encontraron su celda, y (en ella) a su mujer. Le dijeron: “¿Dónde está tu marido?”. Y ella dijo: “Es pastor, y está apacentando las ovejas”. Y los hizo entrar en su casa¹¹. Al atardecer¹² llegó Eucaristo con las ovejas, y al ver a los ancianos preparó la mesa para ellos, y trajo agua para lavarles sus pies. Los ancianos le dijeron: “No comeremos nada si no nos dices cuál es tu obra”. Y dijo Eucaristo con humildad: “Yo soy pastor, y esta es mi mujer”. Los ancianos insistían rogándole, pero él no quería hablar. Entonces¹³ le dijeron: “Dios nos ha mandado a ti”. Al oír esta palabra, temió y les dijo: “He aquí que estas ovejas, las hemos recibido de nuestros padres, y si, por la misericordia de Dios¹⁴, aumentan, de la ganancia hacemos tres partes: una para los pobres, otra para la hospitalidad y la tercera para nuestras necesidades. Desde que tomé mujer no hemos tenido relación¹⁵; sino que ella es virgen; y cada uno de nosotros duerme aparte. De noche llevamos cilicios y de día nuestros vestidos. Hasta ahora nadie¹⁶ ha sabido esto”. Y al escuchar (esto) los ancianos¹⁷ se admiraron, y se retiraron glorificando a Dios¹⁸.

9 Este texto reproduce una parte del apotegma de la CAG, Besarión 4.

10 CAG: a las medidas de ellos (pero cf. PG 65,169 D, nota 66).

11 CAG: su celda.

12 Lit.: cuando llegó el atardecer...

13 El adverbio falta en la CAG.

14 CAG: del Señor...

15 Lit.: no me he manchado (o: contaminado) ni ella tampoco.

16 Lit.: ninguno de los hombres...

17 Esta expresión falta en la CAG.

18 Eucaristo seglar, 1.

3. Dijo *abba* Bétimo¹⁹ que *abba* Macario contaba²⁰: «Mientras habitaba en Escete, dijo (él), bajaron en una ocasión dos jóvenes extranjeros. Y uno de ellos tenía la barba, al otro le estaba naciendo. Vinieron a mí diciendo: “¿Dónde está la celda de *abba* Macario?”. Y yo les dije: “¿Qué quieren de él?”. Y dijeron: “Hemos oído hablar de él y de Escete, y hemos venido a verlo”. Les dije: “Soy yo”. Hicieron una *metanía*, diciendo: “Queremos quedarnos aquí”. Pero yo, al verlos tan delicados, criados entre riquezas, les dije: “No pueden permanecer aquí”. El mayor dijo: “Si no podemos permanecer aquí, iremos a otra parte”. Dije²¹ a mi pensamiento: “¿Por qué expulsarlos y escandalizarlos? El trabajo les hará huir por sí mismos”. Y les dije: “Vengan, construyan, si pueden, una celda para ustedes”. Y dijeron también ellos²²: “Muéstranos un lugar, y la haremos”. Les di²³ un hacha, una bolsa llena de panes y sal; y les mostré²⁴ una piedra dura, diciendo: “Excaven aquí, lleven para ustedes madera del pantano, hagan el techo y habiten”. “Pero yo pensaba²⁵ que iban a huir²⁶ a causa del trabajo”. En cambio, me preguntaron: “¿Qué trabajo se hace aquí?”. Y les dije: “Cuerdas trenzadas”. Y tomé juncos del pantano y les enseñé a comenzar el trenzado de la cuerda, y cómo hay que coser. Y les dije: “Hagan canastos, denlos a los guardianes y les traerán panes”. Después me retiré. Ellos hacían con paciencia todo cuanto les había dicho yo; y por tres años no vinieron a verme.

Por consiguiente, permanecí luchando con los pensamientos, diciendo: “¿Cuál es su trabajo, que no vienen a preguntarme sobre un pensamiento? Los que viven lejos vienen hasta mí, y estos que están cerca no vienen, ni van a otros. Solamente acuden a la iglesia, en silencio, para recibir la ofrenda”. Y oré a Dios, ayunando toda la semana, para que me mostrara su obra. Me levanté, pasada ya

19 O: Bétimos; la CAG lee Bitímio (o: Bitímios), que la versión latina traduce por Vindemius (Vindemio).

20 CAG: Contaba *abba* Bitímio que *abba* Macario dijo... La CSG, por su parte, literalmente lee: “contaba diciendo...”.

21 CAG: Yo dije...

22 CAG: Y dijeron...

23 La CAG lee: les dio el anciano...

24 También aquí la CAG pasa a tercera persona: les mostró el anciano...

25 “Dijo (él)”, añade la CAG.

26 CAG: que se retirarían... (cf. PG 65,275 D, nota 46).

la semana, y fui hacia ellos para ver cómo vivían. Cuando llamé, me abrieron, y me saludaron en silencio; y hecha la oración, me senté. El mayor hizo una señal al más joven para que saliera, (y) se sentó para tejer la cuerda, sin hablar. A la hora novena hizo la señal²⁷, y entró el más joven; e hizo un poco de alimento cocido Y, a un signo del mayor, preparó la mesa. Puso tres panes pequeños²⁸ sobre ella, y quedó en silencio. Y yo dije: “Levántense, comamos”. Se levantaron y comieron; trajo el odre y bebimos. Cuando llegó el atardecer, me dijeron: “¿Te vas?”. Yo dije: “No, sino que dormiré aquí”. Pusieron una estera para mí, en una parte, y en la parte opuesta otra para ellos. Se quitaron su cinturón y la capucha, y se acostaron juntos en la estera (que estaba) frente a mí.

Cuando se hubieron acostado²⁹, oré a Dios para que me revelara su obra. Y he aquí que se abrió el techo, y se hizo luz como durante el día³⁰; pero ellos no veían la luz. Y como pensaron que dormía, el mayor golpeó al menor en el costado, se levantaron, se ciñeron y extendieron sus manos hacia el cielo. Y (yo) los veía, pero ellos no me veían a mí. Vi a los demonios que se acercaban como moscas al menor. Y venían algunos³¹ sobre su boca y otros sobre sus ojos. Y vi al ángel del Señor sosteniendo una espada de fuego, que lo protegía y expulsaba a los demonios. Al mayor, empero, no podían acercarse. Poco antes de amanecer, volvieron a acostarse, y yo hice como que despertaba, y ellos también. El mayor me dijo solamente estas palabras: “¿Quieres que recitemos los doce salmos?”. Y yo dije³²: “Sí”. Y el menor cantó cinco salmos de a seis versículos, con un *aleluya*. Y a cada versículo salía de su boca una lámpara de fuego que subía al cielo. Del mismo modo, cuando abría la boca el mayor para salmodiar, salía una como cuerda de fuego, que llegaba hasta el cielo. También yo agregué un poco³³. Y partiendo, dije: “Oren por mí”. Pero ellos hicieron una metanía en silencio. Y supe que el mayor era perfecto, y que al más joven lo combatía todavía el enemigo. Después de pocos días se durmió el hermano mayor, y tres días después, el menor». Y

27 Lit.: golpeó.

28 O: bizcochos (*pazamadas*).

29 Lit.: se pusieron (*ethekan*).

30 Lit.: en el día; la CAG lee: como luz de día (cf. PG 65,275 D, nota 51).

31 CAG añade: a posarse...

32 CAG: “Dije”, en vez de “y yo dije”.

33 CAG: “También yo dije un poco de memoria”.

cuando algunos de los padres iban a ver a *abba* Macario, los llevaba a la celda de ellos, diciendo: “Vengan, vean³⁴ el *martyrium* de los jóvenes extranjeros”³⁵.

4. Fue una vez Macario el egipcio desde Escete a la montaña de Nitria, para la ofrenda³⁶ de *abba* Pambo³⁷. Los ancianos le dijeron: “Di una palabra a los hermanos, padre”. Pero él dijo: «Yo no he llegado a ser monje todavía, pero he visto monjes. En efecto, un día que estaba sentado en la celda en Escete, me hostigaban los pensamientos, diciéndome: “Ve al interior del desierto y observa lo que verás allí”. Permanecí entonces combatiendo contra el pensamiento durante cinco años, diciendo: “No sea que proceda de los demonios”. Pero como el pensamiento persistía, fui al desierto y encontré allí un lago³⁸, y una isla en medio; y las bestias del desierto venían a beber en él. Vi en medio de la isla a dos hombres desnudos, y mi cuerpo tembló de miedo³⁹, porque pensé que eran espíritus. Pero como ellos me vieron temblando, me dijeron: “No temas, nosotros también somos hombres”. Les dije: “¿De dónde son, y cómo han llegado hasta este desierto?”. Y ellos dijeron: “Venimos de un cenobio y, de común acuerdo, hemos venido aquí; hace ya cuarenta años”. Uno era egipcio y el otro libio. Ellos también me interrogaron, diciendo: “¿Cómo va el mundo? ¿Viene el agua a su tiempo? ¿Tiene prosperidad el mundo?”. Les dije: “Sí”. Y yo también les pregunté: “¿Cómo puedo hacer para llegar a ser monje?”. Y me dijeron: “Si uno no renuncia a todas las cosas del mundo⁴⁰, no puede ser monje”. Les dije: “Yo soy débil, y no puedo hacer como ustedes”. Y ellos también me dijeron: “Si no puedes hacer como nosotros, permanece sentado en tu celda y llora tus pecados”. Les pregunté, diciendo: “Cuando llega el invierno, ¿no se hielan? y cuando hace calor, ¿no se abrasan sus cuerpos?”. Ellos dijeron: “Dios en su providencia hace de modo que

34 Cf. Mt 28,6; cf. Luigi D'AYALA VALVA, *Deti. Collezione sistematica*, Comunità di Bose, Qiqajon, 2013, p. 582 (*Padri della Chiesa: volti e voci*), en adelante abreviamos: *Deti*.

35 Macario 33.

36 *Prosphoran*: la Misa.

37 Guy traduce: “para la ofrenda [en memoria] de *abba* Pambo” (SCH 498, p. 165). D'AYALA VALVA opta por seguir más de cerca el texto latino que dice: “fue... el día de la oblación, al monasterio de *abba* Pambo” (PL 73,1006 C-D), y traduce: “para la ofrenda [celebrada por] *abba* Pambo” (*Deti*, p. 582 y p. 598, nota 16). He optado por traducir conforme al original griego.

38 Lit.: un lago de aguas (Guy traduce: una napa de agua).

39 Lit.: Y mi cuerpo tuvo miedo.

40 Cf. Lc 14,33 (*Deti*, p. 583).

ni nos helamos en invierno ni⁴¹ nos abrasa el calor”. Por eso les he dicho que no soy monje todavía, pero que he visto monjes. Perdónenme, hermanos»⁴².

5. En cierta ocasión en que *abba* Sisoos moraba solo⁴³ en la montaña de *abba* Antonio, y se demoró en ir hasta él su servidor, no vio hombre alguno durante diez meses. Caminando por la montaña encontró un faranita que estaba cazando⁴⁴ animales salvajes; y le dijo⁴⁵: “¿De dónde vienes? ¿Cuánto tiempo llevas aquí?”. Él dijo: “En verdad, *abba*, ya llevo once meses en este monte, y no he visto hombre alguno fuera de ti”. Lo oyó el anciano, y mientras entraba en su celda se golpeaba el pecho diciendo: “¡Ah Sisoos! Pensabas haber hecho algo, y todavía ni siquiera has hecho como este seglar”⁴⁶.

6. El mismo *abba* Sisoos⁴⁷, cuando permanecía en su celda, cerraba siempre la puerta⁴⁸.

7. Decían también sobre *abba* Sisoos que cuando estaba cercano su fin se encontraban los padres junto a él, y se puso su rostro resplandeciente como el sol⁴⁹; y él les dijo: “Aquí viene *abba* Antonio”. Y poco después de nuevo⁵⁰ dijo: “Aquí viene el coro de los profetas”. Brilló de nuevo mucho más⁵¹ su rostro, y dijo: “He aquí que viene el coro de los apóstoles”. De nuevo se duplicó el resplandor de su rostro⁵², y he aquí que se le vió como hablando con alguien. Los ancianos le rogaron diciendo: “¿Con quién hablas, padre?”. Él dijo: “He aquí que los ángeles

41 “En verano” agrega la CAG.

42 Macario 2.

43 Cotelier envía esta palabra al aparato crítico de su edición (PG 65,393 C, nota 5).

44 La CAG utiliza un verbo diferente a la CSG; esta usa *thereyo* y aquella: *agreyo* (PG 65,393 C, nota 6).

45 CAG añade: el anciano.

46 Sisoos 7.

47 CAG: Decían sobre *abba* Sisoos...

48 Sisoos 24.

49 Cf. Mt 17,2 (*Deti*, p. 584).

50 Precisión que falta en la CAG.

51 La CAG no utiliza el superlativo, sino que dice: “de forma extraordinaria” (cf. PG 65,396 D, nota 13).

52 Sigo el orden del texto griego de la CAG, que coloca “de nuevo” (*palin*) antes de “y he aquí...”.

vienen a buscarme, y les ruego que me dejen hacer un poco de penitencia”. Los padres⁵³ le dijeron: “No necesitas hacer penitencia, padre”. El anciano les dijo: “En verdad, no tengo conciencia de haber empezado”. Y todos supieron que era perfecto. Y de nuevo su rostro se puso brillante como el sol, y temieron todos⁵⁴. Y él les dijo: «Vean, ya viene el Señor, y dice: “Tráiganme el vaso de elección⁵⁵ (Hch 9,15) del desierto”». En seguida entregó su espíritu⁵⁶, hubo un relámpago y todo el lugar⁵⁷ se llenó de buen olor⁵⁸.

8. Decían acerca de *abba* Or que nunca mintió, ni juró⁵⁹, ni injurió a hombre alguno, ni habló sin necesidad⁶⁰.

9. El mismo decía a su discípulo⁶¹: “Mira, nunca permitas que se introduzca en esta celda una palabra extraña”⁶².

10. Decían sobre los de Escete que no había rivalidad⁶³ entre ellos por causa de que se superaran (mutuamente) en las virtudes. Porque ciertamente, uno comía cada dos días, otro cada cuatro, otro una vez por semana; otro no comía pan. Y para decirlo brevemente, (estos) santos estaban adornados de toda virtud⁶⁴.

11. Había un gran anciano sobre quien su discípulo contaba que durante veinte años enteros no durmió sobre su costado, sino que dormía sentado sobre la misma silla en la cual trabajaba. Comía cada dos días, o cada cuatro, o cada cinco. Así hizo durante veinte años. “Y yo, dijo (el discípulo), le decía: ¿Qué es esto? ¿Por qué obras de esta forma, *abba*?”. Me respondió: “Porque el juicio de Dios

53 La CAG lee: los ancianos.

54 Cf. Mt 17,6 (*Detti*, p. 584).

55 Cotelier pone esta indicación en el aparato crítico (PG 65,396 D, nota 14).

56 Cf. Jn 19,30 (*Detti*, p. 584).

57 CAG: la casa (cf. PG 65,395 D, nota 15).

58 Cf. Jn 12,3 (*Detti*, p. 584). Sisoës 14.

59 Cf. Mt 5,34-36 (cf. *Detti*, p. 599, nota 26).

60 Or 2.

61 CAG: “*Abba* Or dijo a su discípulo Pablo...” (cf. PG 65,437 D, nota 4).

62 Or 3.

63 U: orgullo, altivez (*eparsis*).

64 Apotegma anónimo N 467.

viene ante mis ojos y no puedo resistirlo”. Sucedió que, en cierta ocasión, en que nosotros celebrábamos la *synaxis*, me distraje y equivoqué una palabra del salmo. Y cuando terminamos la *synaxis* el anciano me dirigió la palabra: “Yo cuando hago la *synaxis* me parece tener debajo mío como un fuego que me quema, y mi pensamiento no puede desviarse ni a derecha ni a izquierda⁶⁵. Y tú, ¿dónde estaba tu pensamiento cuando hacíamos la *synaxis* para que hayas equivocado (una palabra) del salmo? ¿No sabes que estás en presencia de Dios y a Dios le hablas cuando realizas la *synaxis*?”. Otra vez salió de noche y me encontró durmiendo en el patio de la celda. Y el anciano se paró gimiendo y diciendo: “¿Dónde está el pensamiento de este hermano que duerme despreocupado?”⁶⁶.

12. Dos grandes ancianos caminaban hacia el desierto de Escete, escucharon un murmullo que (venía) de la tierra, buscaron la entrada de la gruta y entrando encontraron una anciana acostada, virgen santa, y le dijeron: “¿Cómo has venido aquí, anciana? ¿Y quién te sirve?”⁶⁷. Porque no hallaron a nadie en la cueva, sino solo a ella, acostada y enferma. Pero ella dijo: “Desde hace treinta y ocho años estoy en esta gruta, contentándome con hierbas y sirviendo a Cristo, y no he visto a nadie⁶⁸ sino hasta hoy. Porque Dios los ha enviado para sepultar mis restos”. Y diciendo esto se durmió. Los ancianos dieron gloria a Dios y, habiendo enterrado su cuerpo, se retiraron⁶⁹.

13. Contaban sobre un anacoreta que salió hacia el desierto llevando solamente una túnica. Y habiendo caminado tres días, subió a una piedra y vio debajo de ella hierba y un hombre que pacía como los animales. Descendió a escondidas y lo aferró. Pero el anciano estaba desnudo; y (como) desfalleciendo, no pudiendo soportar el olor de los hombres, consiguió librarse de él y huir. El hermano lo persiguió por detrás gritando: “Te persigo por causa de Dios, espérame”. Pero el otro volviéndose le dijo: “Yo también por causa de Dios huyo de ti”. Y de inmediato (el hermano) se quitó la túnica y corrió tras de él. Cuando el otro vio que se había quitado el manto, cuando estuvo cerca de él dijo: “Cuando

65 Cf. Dt 5,32; Pr 4,27 (*Detti*, p. 585).

66 Apotegma anónimo N 146.

67 Lit.: ¿Quién es el que te sirve?

68 Lit.: ningún hombre.

69 Apotegma anónimo N 132 C. Este apotegma habría sido parte, junto con los ns. 13, 15 y 16, de una pequeña antología de relatos sobre santos anacoretas, los cuales serían posteriores no solo a la CAG, sino incluso a la misma CSG (cf. *Detti*, p. 599, nota 32).

has arrojado la materia del mundo, yo también te he esperado”. Y el hermano le suplicó diciendo: “Padre, dime una palabra, ¿cómo puedo ser salvado?”. Él le dijo: “Huye de los hombres y calla, y serás salvado”⁷⁰.

14. Decían sobre un habitante de Las Celdas que tenía esta regla: de noche dormía cuatro horas, permanecía de pie (otras) cuatro para la *synaxis* y trabajaba cuatro (horas); también durante el día, de nuevo trabajaba hasta la hora sexta, y desde la hora sexta a la novena leía⁷¹ y cortaba hojas de palmera, lo restante desde la hora nona lo ocupaba en la comida, y tenía la celda como una actividad accesoria⁷². Así pasaba el día.

15. Uno de los anacoretas contó lo siguiente a los hermanos de Raitho, allí donde están los setenta troncos de palmeras, donde Moisés acampó con el pueblo cuando salió de la tierra de Egipto⁷³, y (les) dijo: «En cierta ocasión pensé entrar en el desierto más interior, por si acaso encontraba alguno llevando una vida más retirada que la mía, sirviendo a Cristo el Señor. Después de cuatro días y cuatro noches de camino, encontré una gruta; y acercándome miré adentro y vi a un hombre sentado. Según la costumbre de los monjes, golpeé para que él saliera y me saludara. Pero no se movió, porque estaba muerto. Yo, sin preocuparme de nada, entré y lo tomé por el hombro, y en seguida se desintegró deviniendo polvo. Todavía, mirando vi una túnica suspendida. Pero también ella, cuando la tomé se desintegró y no quedó nada⁷⁴. Como estaba perplejo, partí de aquel lugar y atravesé el desierto. Y encontré otra gruta y huellas de hombre. Animado me aproximé a la caverna. Como de nuevo golpeé y nadie me escuchó, entré, no encontrando a nadie. Pero quedándome fuera de la gruta, me dije a mí mismo: “Necesariamente el servidor de Dios deberá volver, donde quiera que esté”.

Cuando el día se terminaba vi llegar unos búfalos y al servidor de Dios en medio de ellos, desnudo, con sus cabellos cubriendo las partes vergonzosas del cuerpo. Cuando se me acercó, pensando que era un espíritu, se mantuvo en oración. Porque, como me dijo después, era muchas veces tentado por los espíritus impuros. Pero yo, comprendiendo eso, le dije: “Soy un hombre, oh servidor de

70 Apotegma anónimo N 132 D.

71 Aunque el verbo griego se traduce así, posiblemente hay que entender: recitaba de memoria.

72 O: trabajo accesorio. Pero el sentido de la frase no es claro (cf. *Detti*, p. 600, nota 39).

73 Cf. Ex 15,27.

74 Lit.: devino nada.

Dios; mira mis huellas y tócame, que soy de carne y sangre”⁷⁵. Cuando terminé la oración con el Amén, me miró y, ya seguro, conduciéndome a la gruta me preguntó⁷⁶: “¿Cómo, dijo, has llegado aquí?”. Yo le dije: “He venido a este desierto para buscar a los servidores de Dios, y Dios no ha frustrado mi deseo”. Y yo a mi vez lo interrogué, diciendo: “¿Cómo tú mismo has venido aquí? ¿Hace cuánto tiempo? ¿Cómo te alimentas? ¿Cómo (haces), estando desnudo, no tienes necesidad de vestimenta?”. Él dijo: «Yo estaba en un cenobio de la Tebaida (y) tenía como trabajo tejer lino⁷⁷. Pero un pensamiento se insinuó en mí diciendo: “Parte, habita solo y podrás estar en la *hesiquía*, recibir huéspedes y obtener una mayor recompensa por el esfuerzo de tu trabajo”. Inmediatamente acepté el pensamiento, y lo puse por obra. Habiendo construido, en efecto, un monasterio, tenía quienes me pedían (el trabajo), y adquiriendo muchos recursos, me esforzaba para distribuirlos entre los pobres y extranjeros. Pero nuestro enemigo, el diablo⁷⁸, envidiando, entonces y como siempre, la recompensa futura, vino contra mí con ocasión de los trabajos que me esforzaba por ofrecer a Dios. Porque viendo que una virgen me había encomendado (un trabajo), que lo había hecho y se lo había enviado, (el diablo) le sugirió pedirme otros. Y como finalmente se dio una familiaridad y una mayor confianza, para terminar incluso en el contacto de las manos, la risa y la camaradería; por último, engendramos y dimos a luz la iniquidad⁷⁹. Entonces, permaneciendo en el pecado con ella seis meses, pensé que hoy, o mañana, o después de muchos años, entregado a la muerte, soportaría un castigo eterno. Puesto que si alguien viola a la mujer de otro hombre es condenado por la ley a una punición perpetua⁸⁰, ¿cuántos castigos merece el que ha violado a la esposa de Cristo? Y así, hui secretamente al desierto, dejando todo a la mujer. Y llegando aquí encontré esta gruta, esta fuente y esta palmera que me provee doce racimos de dátiles; cada mes da un racimo que me basta para treinta días, y después de eso madura otro. Luego de un tiempo crecieron mis cabellos y, habiéndose arruinado mis vestimentas, cubrí con ellos las partes pudendas del cuerpo».

75 Cf. Lc 24,39 (*Detti*, p. 587).

76 Lit.: me tomó en la gruta...

77 Lit.: *linyphikon*, fabricar lino (cf. G. W. H. LAMPE [Ed.], *A Patristic Greek Lexicon*, Oxford, The Clarendon Press, 1961, p. 803: *linephikos*).

78 Cf. 1 P 5,8 (*Detti*, p. 588).

79 Cf. Sal 7,15.

80 Cf. Lv 20,10; Mt 5,27 (*Detti*, p. 588).

Como le pregunté de nuevo si los inicios habían sido difíciles, él me dijo: «Ciertamente al principio sufrí mucho del hígado, hasta el punto de acostarme en el suelo y no poder estar de pie para cumplir la *synaxis*, sino que, postrado por tierra, gritaba al Altísimo. Y cuando estaba en la gruta con gran abatimiento de ánimo y un sufrimiento tal que ya ni podía salir, vi un hombre que entraba, se paraba junto a mí y me decía: “¿De qué padeces?”. Y yo, un poco reconfortado por esto, dije: “Sufro del hígado”. Él me dijo: “¿Dónde sufres?”. Yo le mostré el lugar. Entonces juntado los dedos extendidos de su mano, cortó el lugar como con un puñal, y sacando el hígado me mostró las lesiones; y raspándolas con la mano echó el pus en un paño; poniendo de nuevo el hígado con la mano, secó el lugar y me dijo: “He aquí que has quedado curado, sirve a Cristo el Señor como conviene”. Desde entonces estoy sano y ahora permanezco aquí sin fatiga». Le pedí insistentemente vivir en la primera gruta, y me dijo que no podría resistir los ataques de los demonios. Yo me persuadí, pidiendo que orara y me despidiera; y, rezando, me despidió. Les cuento esto para edificación de ustedes»⁸¹.

16. Otro anciano, que había sido considerado digno del episcopado de la ciudad de Oxirrinco, dijo, como si algún otro se lo hubiera contado, aunque se trataba de él mismo: «En cierta ocasión, dijo (él), decidí entrar en el desierto interior, del lado del oasis de los mazekos⁸², y ver si en algún lugar encontraba servidores de Cristo. Por consiguiente, tomando algunos pancitos y llevando agua como para cuatro días, me puse en camino. Cuando pasaron cuatro días, acabándose las provisiones, no sabía qué hacer. Entonces, con confianza me abandoné (a Dios) y caminé otros cuatro días, permaneciendo en ayunas. Pero no soportando más la exigencia del ayuno y el esfuerzo del camino, tuve una lipotimia y caí por tierra. Vino alguien, tocó mis labios con su dedo, como un médico que con un bisturí de cirujano pasa por encima de los ojos. Y de inmediato recuperé las fuerzas, al punto de no creer que había caminado ni había tenido hambre. Entonces, cuando comprobé esta fuerza que sobrevino en mí, me levanté (y) caminé en el desierto. Como pasaron otros cuatro días, de nuevo perdí fuerza. Y, extendiendo mis manos hacia el cielo, vi al hombre que antes me había fortalecido: de nuevo me ungió los labios con su dedo y me dio fuerzas. Pasaron diecisiete días y después encontré una cabaña, una palmera, agua y un hombre de pie, con los cabellos de su cabeza

81 Apotegma anónimo N 123 A.

82 Posiblemente se trate de los pueblos bereberes que habitaban en el desierto, al oeste del Nilo, y que en más de una ocasión asolaron los diversos asentamientos monásticos del Bajo y Medio Egipto (cf. *Detti*, p. 600, nota 47).

completamente blancos que le servían de vestimenta. Su aspecto era tremendo. Cuando me vio se mantuvo en oración. Después de decir: “Amén”, supo que yo era un hombre. Y aferrándose la mano, de nuevo se puso a rezar, y (después) me interrogó diciendo: “¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Tienes una vida en el mundo? ¿Continúan las persecuciones?”. Yo le dije: “Por causa de ustedes que en verdad sirven a Cristo el Señor he atravesado este desierto; y las persecuciones han terminado, gracias a Dios. Pero también explícame cómo llegaste hasta aquí”.

Gimiendo y llorando empezó a decir: “Yo era obispo y en la persecución me infligieron muchos suplicios, y no pudiendo soportar la tortura, terminé por sacrificar. Pero cuando volví en mí mismo y reconocí mi falta, me condené a morir en este desierto. Hace cuarenta y nueve años que vivo aquí, confesando mi pecado y suplicando a Dios que lo borre. Y el Señor me proveyó el alimento por medio de esta palmera. Pero mi súplica de perdón no fue acogida por cuarenta y ocho años; mas este año he sido consolado”. Cuando dijo esto súbitamente se levantó, salió corriendo y se mantuvo en oración por varias horas. Al terminar la oración vino hacia mí; viendo su rostro fui presa del estupor y del temor, porque se había transformado como de fuego. Y me dijo: “No temas, puesto que el Señor te ha enviado para los ritos fúnebres y la sepultura”. Y cuando terminó de hablar, en seguida extendió las manos y los pies, y terminó su vida. Yo, desatando mi túnica, conservé la mitad para mí y con la otra mitad envolví su cuerpo santo y lo sepulté en la tierra. Apenas lo enterré se secó la palmera y la cabaña se cayó. Y yo supliqué a Dios con muchas lágrimas que, de algún modo, me concediera una palmera, para permanecer en aquel lugar por el resto de mis días. Pero eso no sucedió, (y) me dije a mí mismo que no era voluntad de Dios estar allí. Hecha una oración, de nuevo volví hacia la tierra habitada. Y he aquí que el hombre que me había ungido los labios, vino y me fortaleció. De ese modo logré volver con los hermanos y les conté todo, exhortándolos a no desesperar de sí mismos, sino a buscar a Dios por la paciencia⁸³».

17. Un hermano interrogó a un anciano diciendo: “¿Es la reputación o las obras lo que salva?”⁸⁴. “Las obras⁸⁵”, respondió el anciano; y dijo el anciano: «Conozco, en efecto, un hermano que, cuando rezaba, su oración era escuchada inmediatamente. Un día le vino el pensamiento de ver el alma de un pecador

83 O: perseverancia (*hypomone*). Apotegma anónimo N 132 B.

84 Lit.: ¿Es el nombre o la obra lo que salva? (*Nomen est quod salvat, aut opus*).

85 Lit.: la obra.

y la de un justo al ser sustraídas del cuerpo. Y no queriendo contristarle Dios en sus deseos, mientras estaba en su celda, entró un lobo y agarrando con su boca la vestimenta de aquel hermano, lo arrastró fuera. El hermano se levantó (y) siguió al lobo, que le condujo a una ciudad, y dejando al hermano allí, se fue. En tanto, permanecía fuera de la ciudad, en un monasterio en donde habitaba uno que tenía fama de ser un gran solitario; pero este mismo solitario estaba enfermo, esperando la hora de su muerte. El hermano aquel, que había ido allí, vio mucha preparación de cirios y luminarias para ese ermitaño, como si por él Dios les concediera el pan y el agua a los habitantes de aquella ciudad y los salvara. “Si el anciano se va”, decían, “todos moriremos con él”. Cuando llegó la hora de su muerte, el hermano vio a un tartárico del infierno que descendió sobre aquel solitario, teniendo un tridente de fuego y oyó una voz que decía: “Como esta alma no me ha permitido ni una hora de descanso en ella, así tú no tengas compasión en arrancarla⁸⁶”. Entonces el tartárico, poniendo el tridente de fuego que tenía en el corazón de aquel ermitaño, lo atormentó por muchas horas, y retiró su alma.

Después de esto, el hermano aquel entró en la ciudad. Encontró tirado en el suelo a un peregrino enfermo que no tenía a nadie que le atendiera. Se quedó con él un día entero. Y cuando llegó la hora de su muerte, el hermano aquel vio a Miguel y a Gabriel que bajaban por causa de su alma. Uno se sentó a su derecha y el otro a su izquierda, rogaban a su alma para que saliera fuera, pero no salía; como si no quisiera abandonar su cuerpo. Entonces Gabriel dijo a Miguel: “¡Toma ya esta alma para que nos vayamos!” A lo que Miguel le respondió: “Recibimos la orden del Señor de hacerla salir sin dolor, no podemos pues arrancarla por la fuerza”. Entonces Miguel con voz potente dijo: “¡Señor! ¿Qué quieres para esta alma, que no accede a salir?”. Y una voz vino a decirle: “He aquí que envió a David con la cítara y a todos los que salmodian para Dios en Jerusalén, para que el alma, oyendo el salmo, salga al (escuchar) sus voces”. Y cuando bajaron todos alrededor del alma aquella cantando himnos, saliendo entonces esa alma, se sentó en las manos de Miguel y fue llevada con alegría⁸⁷.

86 La voz procede de Dios y se dirige al demonio (cf. *Detti*, p. 600, nota 52).

87 Cf. Apotegma anónimo N 491. La historia original ha sido conservada solamente en latín en la versión de Pelagio y Juan (cf. PL 73,1011 D-1012C); aunque hay evidencias de la existencia de un texto griego (actualmente perdido), ya que el dicho es citado, en su primera parte, por CIRILO DE ESCITÓPOLIS, *Vida de Eutimio*, 24; y también se lo encuentra en la sección VII de la serie de anónimos (N 491). Cf. Sch 498, pp.188-189, nota 1; *Detti*, p. 600, nota 50.

18. Un anciano contó sobre un (monje) clarividente que fue a la ciudad para vender sus productos, y que por casualidad se sentó a la puerta de un rico que estaba por morir⁸⁸. Y mientras estaba sentado prestó atención y vio caballos negros y a sus jinetes negros que llenaban de temor, teniendo bastones ardientes. Cuando llegaron a la puerta, entraron uno detrás de otro. Y viéndolos el enfermo gritó con voz fuerte: “Señor, ayúdame”. Y los enviados le dijeron: “¿Ahora que el sol declina has venido a acordarte de Dios? ¿Por qué no lo buscaste mientras el día brillaba? Ahora, por tanto, no hay más margen de esperanza ni de consuelo”. Y así, llevándolo, partieron⁸⁹.

19. Los padres decían que hubo un cierto Macario, que fue el primero que estableció un monasterio en Escete. Porque ese lugar está lejos de Nitria, a una distancia de un día y una noche de camino. Se corre un gran peligro para llegar allí, porque basta una pequeña equivocación para exponerse a errar a la aventura en el desierto. Los que vivieron allí eran todos varones perfectos. Un imperfecto no podría permanecer mucho tiempo en aquel terrible lugar, puesto que es de una aridez extrema y no se encuentra allí ni siquiera lo necesario. El Macario en cuestión era un hombre de ciudad y se unió un día a Macario el Grande. Como tenían que atravesar el río Nilo se embarcaron en un gran navío, en el cual subieron dos tribunos con gran arrogancia, llevando su carro todo entero de cobre⁹⁰, tirado por caballos con bridas de oro. Les seguían algunos soldados y esclavos que llevaban collares y cinturones de oro. Entonces, los tribunos vieron sentados en un rincón a los dos monjes vestidos con viejos paños, y se admiraron⁹¹ de su pobreza. Uno de los tribunos les dijo: “Dichosos ustedes que se burlan de este mundo”. Macario, el de la ciudad, le respondió: “Es verdad, nosotros nos

88 Cf. Lc 16,20 (*Detti*, p. 557).

89 Apotegma anónimo N 492. El P. Guy señala que en este lugar la versión latina de Pelagio y Juan presenta un relato que el griego ofrece en el cap. 18 (n. 51). Aunque ya hemos traducido este texto, lo reproducimos para comodidad del lector. El texto latino dice: «El mismo anciano contó que un padre fue un día a la ciudad para vender las cestas que había fabricado. Las desplegó y por casualidad se sentó a la puerta de un rico que estaba a punto de morir. Allí sentado, el anciano vio llegar unos caballos negros montados por unos negros terribles, cada uno de los cuales llevaba en sus manos un báculo de fuego. Llegados a la puerta aquella, dejaron sus caballos afuera y entraron todos a gran velocidad. Al verlos, el enfermo gritó con fuerte voz diciendo: “¡Señor, ayúdame!”. Pero los demonios le respondieron: “¿Ahora que el sol deja de brillar para ti es cuando te acuerdas de Dios? ¿Por qué no le buscaste antes de hoy, mientras todavía gozabas del esplendor del día? Ahora, en cambio, no hay para ti ni esperanza ni consuelo”» (PL 73,1012 CD).

90 O: de bronce (*aeream*).

91 Lit.: beatificaban (*beatificabant*).

reímos del mundo, pero el mundo se ríe de ustedes. Debes saber que, aunque sin quererlo, has dicho una gran verdad, porque nosotros dos nos llamamos dichosos, es decir *Macarios*". El tribuno fue movido a compunción por aquellas palabras. Vuelto a su casa, se despojó de sus vestidos, y empezó a vivir como un monje, haciendo muchas limosnas⁹².

20. Se contaba sobre *abba* Macario el Grande que, caminando en el desierto, encontró en el suelo el cráneo de un muerto, que habían arrojado, y removiéndolo con el bastón de palma el anciano dijo: "¿Quién eres tú? Respóndeme". Y el cráneo le habló diciendo: "Yo era un sacerdote de los paganos que vivían en este lugar; y tú eres Macario, el *pneumatóforo*. Cuando te apiadas de los que están en el castigo, sienten un poco de consuelo". *Abba* Macario le dijo: "¿Cuál es el consuelo?". El cráneo le dijo: "Cuanto dista el cielo de la tierra, tanto hay de fuego bajo nuestros pies y (nuestra) cabeza; estamos en medio del fuego. No es posible vernos cara a cara, sino que la espalda de uno está pegada a la espalda de otro. Cuando oras por nosotros, cada uno puede ver un poco del rostro del otro". Y llorando, dijo el anciano: "¡Ay del día en que nació el hombre, si ése es el consuelo del castigo!". El anciano le dijo de nuevo: "¿Hay un tormento peor que ese?". El cráneo le respondió: "El tormento mayor está debajo nuestro". Le preguntó⁹³: "¿Quiénes están allí?". El cráneo le dijo: "Nosotros, que no vimos a Dios, (recibimos) un poco de piedad, pero los que conocían a Dios y lo negaron

92 El texto de este apotegma se conserva solamente en la versión latina de Pelagio y Juan (PL 73,1012 C-1013 B), y proviene de la *Historia monachorum*, versión griega, cap. 23,1-4: «Se dice que había otro Macario, que fue el primero en erigir un monasterio en Escete. El lugar es un desierto, alejado de Nitria a una distancia de un día y una noche por el desierto, con un gran peligro para los que van: cualquiera que se extravió un poco, anda errante corriendo mucho riesgo a lo largo del desierto. Allí todos los hombres son perfectos, pues nadie imperfecto puede permanecer en aquel lugar, por lo salvaje y carente de comodidad en cuanto a todo lo necesario. Así pues, ese Macario antes mencionado, que era ciudadano de Alejandría, se unió un día al gran Macario. Y, como querían cruzar el Nilo, sucedió que embarcaron en un gran bote, en el que dos tribunos habían embarcado con mucha pompa: un carro todo de bronce, caballos con bridas de oro, algunos lanceros y sirvientes con collares de bronce y cinturones de oro. Así pues, cuando los tribunos vieron a los monjes vestidos con unos harapos viejos y sentados en el rincón, estimaron dichosa su sencillez. Uno de los tribunos les dijo: "Dichosos (*Macarioi*) son ustedes porque engañaron al mundo". Y Macario el alejandrino les respondió: "Nosotros engañamos al mundo, pero el mundo los engaña a ustedes. Date cuenta de que nos has dicho esto no por tu voluntad, sino a modo de predicción, pues ambos nos llamamos Macario". Él, compungido por sus palabras, en cuanto llegó a su casa, se quitó los vestidos y eligió la vida monástica, después de hacer generosas limosnas». Cf. asimismo la versión latina de Rufino de la *Historia monachorum* (cap. 29).

93 Lit.: dijo.

y no hicieron su voluntad, están debajo nuestro”. El anciano, tomando el cráneo, lo enterró en la tierra y prosiguió su camino⁹⁴.

21. Orando un anciano en su celda, le llegó una voz que dijo: “Todavía no has alcanzado la medida de dos mujeres de tal ciudad”. El anciano se levantó al amanecer, tomó el bastón (y) comenzó a caminar hacia la ciudad⁹⁵. Entonces, apenas llegó y supo el lugar, golpeó la puerta. Salió una de las mujeres y lo recibió en su casa. Él se sentó y las llamó. Ellas vinieron y se sentaron junto a él. Entonces el anciano les dijo: “Por causa de ustedes he soportado esta fatiga (del viaje), por tanto, díganme cuál es la obra de ustedes”. Le dijeron: “Créenos, *abba*, que no dejamos ni una noche el lecho de nuestros maridos; por consiguiente, ¿qué obra podemos tener?”. Pero el anciano, haciendo una *metanía*, les rogó que le manifestaran su obra. Entonces le dijeron: “Nosotras no tenemos ningún parentesco⁹⁶, pero decidimos casarnos con dos hermanos según la carne. Y ya hace quince años que habitamos juntas las dos en esta casa. No tenemos conciencia de haber peleado entre nosotras en alguna ocasión, o de habernos dicho una palabra grosera, sino que hemos pasado todo este tiempo en paz y concordia. Pensamos entrar en un monasterio de vírgenes, y pidiéndolo a nuestros maridos, no consintieron en ello. No obteniendo esa meta, establecimos las dos un pacto entre nosotras y Dios: no pronunciar ninguna palabra mundana hasta la muerte”. Al oír esto el anciano dijo: “En verdad no se trata de ser virgen o casada⁹⁷, monje o laico, sino que Dios da su Espíritu a quienes por su elección se asemejan a estas mujeres”⁹⁸.

94 Este texto ya fue traducido en el cap. 3, n. 19, de la presente CSG, igualmente lo reproducimos para comodidad del lector. Cf. la versión latina de Pelagio y Juan (PL 73,1013 B-D); y también la CAG, Macario el Egipcio 38, con varias diferencias textuales. Según el P. Guy, la CAG ofrece un texto más completo (cf. SCh 387, p. 159, nota 1).

95 Lit.: empezó a hacer camino a la ciudad.

96 Lit.: según el mundo somos extranjeras la una de la otra.

97 Cf. Ga 3,28 (*Detti*, p. 593).

98 Cf. Hch 10,34-35 (*Detti*, p. 593). Apotegma anónimo N 489. En esta colección, al igual que en la traducción latina de Pelagio y Juan, que citamos a continuación, el anónimo *abba* es llamado Macario: «Cierta día, el abad Macario oraba en su celda y oyó una voz que le decía: “Macario, todavía no has llegado a la altura de esas dos mujeres que viven en la ciudad”. A la mañana siguiente, se levantó, tomó su bastón de palmera y se encaminó a la ciudad. Llegó al sitio que buscaba y llamó a la puerta. Le abrió una de las mujeres y le hizo pasar dentro de la casa. Después de sentarse, invitó a las dos mujeres a que se sentaran a su lado. El anciano les dijo: “Me he tomado un gran trabajo en venir a verlas. Explíquenme su modo de vivir y las obras que hacen”. Pero ellas dijeron: “Créenos, esta misma noche la hemos pasado con nuestros maridos. ¿Qué buenas obras hemos podido hacer?”. Pero el anciano insistía en que le descubriesen su género

22. Un anciano dijo que un anciano que habitaba en el desierto, sirviendo a Dios durante muchos años, comenzó a suplicar a Dios diciendo: “Señor, hazme conocer con certeza si te he agradado”. Y vio un ángel que le dijo: “Todavía no has llegado a la medida del hortelano que (vive) en tal lugar”. Asombrado, el anciano se dijo a sí mismo: “Iré a la ciudad para verlo. ¿Qué obra habrá hecho como para superar mi trabajo y esfuerzo de (todos) estos años?”. Partió, entonces, el anciano y llegó al lugar que había escuchado del ángel. Encontró al hombre sentado y vendiendo verduras; y estuvo sentado con él el resto del día. Y como el hombre se marchaba, le dijo el anciano: “Hermano, ¿puedes recibirme en tu celda esta noche?”. El hombre lo recibió con gran alegría. Entonces subió a la celda, y mientras el hombre preparaba lo necesario para el anciano y para su descanso, este le dijo: “Hazme una caridad, hermano, y dime cuál es tu forma de vida”. Él no quería decirle, pero como el anciano permanecía insistiendo mucho, con timidez el hombre dijo: “Como solamente al atardecer, y cuando termino (mi trabajo) tomo únicamente el alimento para mí y el resto lo doy a los necesitados. Y si recibo a alguno de los servidores de Dios, lo gasto (todo) para él. Y cuando me levanto, al amanecer, antes de sentarme a mi trabajo digo que, en esta ciudad, desde el más pequeño hasta el más grande entrarán en el reino de Dios, gracias a sus obras de justicia, y yo solo heredaré el castigo, a causa de mis pecados. Y de nuevo al atardecer, antes de acostarme, digo las mismas palabras”. El anciano al escuchar (esto) dijo: “Ciertamente esta práctica es buena, pero no es digna de sobrepasar mis fatigas de todos estos años”. Y cuando estaban por ir a comer, el anciano oyó que algunos cantaban canciones (profanas); porque la celda estaba en un lugar frecuentado. Entonces el anciano dijo: “Hermano, queriendo vivir según Dios, ¿cómo permaneces en este lugar? ¿No te turbas cuando oyes cantar esas canciones?”. Dijo el hombre: “Te digo, *abba*, que nunca me turbo ni me escandalizo”. Pero oyendo eso, dijo el anciano: “¿Qué piensas en tu corazón cuando escuchas (las canciones)?”. Y él dijo: “Pienso que todos entrarán en el Reino”. Al oírlo el anciano se maravilló y dijo: “Ésta es la práctica que sobrepasa mis fatigas

de vida. Entonces ellas le dijeron: “No tenemos ninguna relación con el mundo, pero se nos ocurrió casarnos con dos hermanos carnales. Desde hace quince años vivimos en la misma casa y nunca hemos reñido, ni nos hemos dirigido la más mínima palabra desagradable, sino que hemos transcurrido todo este tiempo en paz y concordia. Hemos pensado alguna vez entrar en algún monasterio de vírgenes, pero consultados nuestros maridos se opusieron. Como no hemos podido conseguir su aprobación, nos hemos comprometido delante de Dios a no pronunciar palabras, ni tener conversaciones de mundo hasta la hora de nuestra muerte”. Al oír esto el abad Macario dijo: “Verdaderamente el ser virgen o casada, monje o seglar, no importa nada. Dios concede a todos el Espíritu Santo» (PL 73,1013 C-1014 B).

de todos estos años”. Y haciendo una metanía dijo: “Perdóname, hermano, todavía no he alcanzado esa medida”. Y sin comer se volvió de nuevo al desierto⁹⁹.

23. Contaban los padres, a propósito de un gran anciano, que cuando caminaba por el desierto vio a dos ángeles que le acompañaban, uno a la derecha y otro a su izquierda. Mientras caminaban encontraron un cadáver que yacía en el camino. El anciano, a causa del hedor, se tapó las narices, y los ángeles hicieron lo mismo. Avanzaron un poco y el anciano dijo: “¿También ustedes sienten ese olor?”. Ellos le dijeron: “De ninguna manera, pero también nos hemos tapado la nariz por causa tuya. No sentimos el olor de la impureza de este mundo, y no llega hasta nosotros, pero las almas que tienen el hedor de los pecados, ese olor lo sentimos”¹⁰⁰.

24. Contaba uno de los padres, diciendo: «El obispo de cierto lugar murió, y los habitantes fueron a ver al arzobispo para pedirle que les ordenara un obispo en lugar del obispo que había muerto. El arzobispo les dijo: “Denme al que saben que es apto para pastorear el rebaño de Cristo, y se los ordenaré como obispo”. Ellos dijeron: “Nosotros no conocemos a nadie, a no ser el que tu ángel nos concederá”. El arzobispo les dijo: “¿Están todos aquí?”. Dijeron: “No.”. Les dijo: “Vayan, reúnan a todos y entonces vengan a verme, para que el que sea obispo de ustedes lo sea con la conformidad de todos ustedes”. Partieron, se reunieron todos y fueron a pedir que les ordenaran un obispo. (El arzobispo) les dijo: “Díganme en quién confían”. “Nosotros no conocemos a ninguno, sino al que tu ángel nos concederá”. Y les dijo: “¿Están todos aquí?”. Le dijeron: “Estamos todos aquí”. Habló de nuevo (el arzobispo): “¿Ninguno de ustedes quedó afuera?”. Y dijeron: “Ninguno fue dejado fuera, excepto el que cuida el asno de nuestro jefe”. Les dijo el arzobispo: “¿Tendrán plena confianza si les doy a aquel de quien yo estoy plenamente convencido?”. Todos dijeron: “Tenemos confianza e imploramos a los pies de tu santidad darnos a aquel a quien Dios te conceda tener plena confianza”. Y el arzobispo ordenó que le llevaran al que cuidaba el asno del jefe de ellos. Y les dijo: “¿Tendrán confianza si ordeno a este como obispo de ustedes?”. Ellos dijeron: “Sí”. Y lo ordenó. Lo tomaron y lo llevaron con mucha alegría a su país.

99 Apotegma anónimo N 67.

100 La CSG ofrece la versión latina de Pelagio y Juan de esta sentencia (PL 73,1014 BC). Pero se ha conservado el texto griego en la serie de apotegmas anónimos (N 19). Según algunos manuscritos el *abba* en cuestión sería Macario (Sch 498, p. 197, nota 1).

Sobrevino una gran sequía y el que había sido (ordenado) obispo suplicó a Dios que lloviera. Y vino una voz que le dijo: “Ve hacia una de las puertas de la ciudad, desde la salida del sol, y al primero que veas entrar, deténlo, que ore, y la lluvia vendrá”. Así lo hizo. Fue con su clero, se sentó y he aquí que entró un anciano etíope llevando una carga de leña para vender en la ciudad. El obispo se levantó y lo detuvo. El (etíope) en seguida depositó la carga de leña, y el obispo le suplicó, diciendo: “Ora, *abba*, para que venga la lluvia”. Pero el anciano no quería. Sin embargo, después de mucha insistencia¹⁰¹, rezó. Y he aquí que de inmediato (llegó) la lluvia como cataratas del cielo¹⁰², y no habría cesado si no hubiera orado de nuevo. El obispo exhortó al anciano, diciendo: “Haz la caridad, *abba*, de sernos de provecho y dinos tu forma de vida para que también nosotros la imitemos”. El anciano dijo: “Perdóname, señor papa, he aquí que, como ves, salgo y corto este pequeño cargamento de leña; vuelvo y lo vendo; no guardo sino (lo necesario) para dos panes, y lo demás lo doy a los pobres. Duermo en la iglesia, de nuevo salgo al día siguiente y hago lo mismo. Pero si hay mal tiempo por uno o dos días, permanezco ayunando hasta que de nuevo haya buen tiempo, pueda salir y cortar (leña)”. Muy edificados por esta práctica del anciano, regresaron dando gloria a Dios¹⁰³.

101 Lit.: con muchas insistencias.

102 Cf. Gn 7,12 (*Detti*, p. 596).

103 Apotegma anónimo N 628.